

Nunca digas nunca

Dirección: Eric Cinvayan

País y año de producción: Francia / 2005

Reparto: Jean Dujardin, Gerard Jugnot, Melanie Doutey

Música: François Peyrony

Sinopsis: París, 1830. Valentín (Jean Dujardin) es un joven que refugia su desencanto en las prostitutas y el alcohol. Pero esto puede cambiar cuando su tío Van Buck (Gerard Jugnot), comerciante de telas, decida que la boda de su sobrino con Cecile (Melanie Doutey), hija de una baronesa, es el impulso decisivo que su negocio necesita, al obtener la sofisticación que otorga un título nobiliario.

Nunca digas nunca es un clásico vodevil, una obra menor con algunos diálogos inspirados, algunas situaciones con gracia pero, por encima de todo, con un omnipresente carácter de comedia ligera que mitiga la crítica pero limita decididamente su vuelo. Basada en una obra de teatro del siglo XIX, casi todo en esta película desprende ese aire a entremés inofensivo, ocurrente antes que ingenioso, característico de ciertas representaciones de aquella época. Eric Cinvayan ha hecho una suerte de versión pobre y humorística de **Las amistades peligrosas**, con la que Nunca digas nunca guarda semejanza en temas y planteamientos, pero de la que se distancia abismalmente en forma y desarrollo. La trama se centra en un donjuanesco joven, descreído en el amor, que a raíz de una apuesta con su tío tratará de seducir a Cecile, la hija de una baronesa caída en desgracia en la Francia postrevolucionaria.

En muchos aspectos Nunca digas nunca se queda a medio camino. Es demasiado teatral: los escenarios se reducen a dos o tres lugares y los diálogos se perciben sacados de un libreto; se nota -demasiado- que el director trata de evitarlo recurriendo a algunas secuencias dinámicas, pero esto provoca más bien un cierto desequilibrio de tono y algunos momentos ridículos. Los actores están bien: la verdadera estrella, aún tratándose de un personaje secundario, es Gerard Jugnot, el maestro de **Los chicos del coro**. Compone con gracia a un burgués incipiente, obsesivamente preocupado por las ventas y la mejora del negocio. Jean Dujardin aporta gravedad y buena planta y Melanie Doutey ofrece un físico no demasiado típico a la típica chica rebelde constreñida por las maneras de la alta sociedad. Los tres cumplen, especialmente Jugnot, pero no apartan la sensación a ya visto ni compensan la dificultad de penetrar inicialmente en una historia un tanto desfasada. Se advierte cierta calidad en los diálogos, en la sátira de la nueva burguesía y en el desencanto de Valentín, pero esto no basta contra un esquema y una puesta en escena que recuerdan a las representaciones televisivas de los clásicos.

Una secuencia final con una estética del destape pasada de moda hace peligrar por momentos la película, pero uno lo disculpa si ya ha entrado para entonces en la esencia de Nunca digas nunca. Y una curiosidad: sorprende ver a Eduardo Serra, director de fotografía de **La joven de la perla**, en los créditos de esta película, ya que apenas se nota en una imagen más bien rutinaria y con escaso interés, solo con destellos de calidad en momentos muy puntuales, cuando se fotografía una habitación a la luz de las velas o un paisaje de noche.

Jaime Menchén López